

Individualismo y verdad: modalidades del discurso verdadero en la era algorítmica

Individualism and Truth: Modalities of the Discourse of Truth in an Algorithmic Era

Esteban Dipaola

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Argentina

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Correo electrónico: estebanmdipaola@gmail.com

 ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1395-3794>



Resumen: El artículo asume una posición crítica respecto a las condiciones de definición de lo verdadero en su perspectiva epistemológica y también su valoración en el universo de sentido social. Partiendo de un recorrido que enuncia el debate epistemológico desde el giro lingüístico y la hermenéutica, se postula que la reflexión de la verdad como una relación social corresponde que en el presente se defina a partir de las condiciones del modelo individualista de vida. Por eso todo discurso verdadero se efectúa en una relación con la posición individual de cada sujeto, y para explicar ello se delinea la modalidad de lo verdadero como simulación en un proceso de circulación definido algorítmicamente. En consecuencia, el artículo interviene en la problemática crítica de definir lo verdadero en un tiempo como el presente donde las referencias simbólicas se han disipado.

Palabras clave: Verdad, simulación, algoritmo, individualismo, globalización.

Abstract: The article assumes a critical position regarding the definition conditions of what is true in its epistemological perspective and also its assessment in the universe of social meaning. Starting from a route that enunciates the epistemological debate from the linguistic turn and hermeneutics, it is postulated that the reflection of the truth as a social relationship corresponds that in the present it is defined from the conditions of the individualistic model of life. That is why all true discourse is carried out in a relationship with the individual position of each subject, and to explain this, the modality of the true is delineated as simulation in an algorithmically defined circulation process. Consequently, the article intervenes in the critical problem of defining what is true in a time like the present where symbolic references have dissipated.

Keywords: True, Simulation, Algorithm, Individualism, Globalization.

Fecha de recepción del artículo: 01/10/2022 **Fecha de aceptación del artículo:** 20/01/2023

Para citación de este artículo: Dipaola, Esteban (2023). Individualismo y verdad: modalidades del discurso verdadero en la era algorítmica. *Anacronismo e Irrupción* 13 (24), 228-244.

Que la verdad es una relación social resulta una afirmación problemática dentro del campo general de lo que se puede llamar, a grandes rasgos, epistemología. Ese carácter problemático no significa que no sea también una afirmación razonable. En efecto, todos los enunciados, hechos, elementos, objetos, etc. que definimos como verdaderos, lo son en tanto se encuentran implicados en una serie de relaciones de significados legítimos. Sobre el manto de la legitimidad del significado está *a la vista* el carácter epistemológico: cualquier verdad es *forma* de un proceso de significación.

Un proceso de significación se inscribe en reglas de asociación de acuerdo a los usos y, claramente, se percibe en esto las “precipitaciones” de Wittgenstein en las *Investigaciones filosóficas*, porque cuando el filósofo esgrime en el inicio del prólogo a ese libro fundamental de las cuestiones epistemológicas que, “[e]n lo que sigue publico pensamientos que son el precipitado de investigaciones filosóficas” (Wittgenstein, 2014, p. 13), expone algo demasiado concreto y radical para el pensamiento: que la verdad en este solo puede advenir, como si dijéramos, precipitándose.

Nada de lo que es definido como lo verdadero, entonces, podría admitir una representación originaria en el *logos*. Lo racional o es ajeno a la verdad o, en su defecto, todo lo que se entiende como razón es una ilusión necesaria que provoca el precipitarse de la verdad. Wittgenstein enseguida agrega en ese mismo prólogo: “He redactado como *anotaciones*, en breves párrafos, todos esos pensamientos” (*ibídem*). Entonces, esos pensamientos que indican algo sobre la verdad, sobre sus leyes de significación son notas, anotaciones; en fin, la verdad es una anotación.

Las anotaciones son una relación social, pues si introducimos ahora la perspectiva de la hermenéutica, deberemos reconocer que allí se formula que toda interpretación es una relación social, lo que quiere decir, principalmente, que es un lazo y que ninguna enunciación puede desuscribirse de la experiencia en la que es enlazada. A poco de comenzar el prólogo de *Verdad y método*, Hans G.

Gadamer expone cómo se emplea en su obra el concepto de “hermenéutica” y escribe: “Designa el carácter fundamentalmente móvil del ser-ahí, que constituye su finitud y su especificidad y que por lo tanto abarca el conjunto de su experiencia en el mundo” (2012, p. 12). En esto retoma la dimensión elevada por Martin Heidegger (2002) acerca de que la comprensión es una determinación universal del ser, cuyo carácter fáctico e histórico revela la experiencia de un horizonte. Entonces, la verdad es una relación social porque observa un horizonte común que se formaliza en la condición circular de cualquier interpretación, es decir, que el comprender es inmediato en su realidad porque ella misma está ya evocada en la comprensión.

En buena medida, aquello que en las *Investigaciones* de Wittgenstein se define por el significado como “juego de lenguaje”, es decir, por la articulación de experiencias comunes a partir del uso, es semejante a lo que en los desarrollos de la hermenéutica se entiende como una operación de sentido que refleja una expectativa del ser en su relación histórica con los otros.

Con la perspectiva hermenéutica se define lo verdadero como una operación dialógica y, por lo tanto, puede también evaluarse de acuerdo a un régimen de enunciación operante en discursos. En *Arqueología del saber* (2015), Michel Foucault concentra bien su explicación de que nada antecede al orden del discurso y la concepción de la “discontinuidad” procedía a revelar que en la formación del “archivo” se determinaba el acervo de regularidades que circunscribía a los objetos, estrategias, enunciados, conceptos, etc., que en una época se hacían visibles y conformaban un “régimen de verdad”. En definitiva, nada que pueda definirse como verdadero está por fuera de las inscripciones de sentido y de significación de una época; algo que el pensador francés lo dijo de singular manera en una entrevista de 1968:

Todo se anota, el inconsciente del hombre, su sexualidad, su vida cotidiana, sus sueños, sus deseos y sus pulsiones, etc. Se anota su comportamiento, los fenómenos sociales, las opiniones de la gente y sus disposiciones, sus actos y sus actitudes políticas, etc. Todo eso se convierte en objeto de un discurso. Y me parece que esa transición a una anotación universal, esa transcripción en un lenguaje de todos los problemas del mundo, caracterizan la cultura contemporánea (2014, p. 118).

Nuevamente la referencia a la verdad como una anotación. Lo que se anota es aquello por donde la verdad se nos aparece como algo efectivo, a disposición para ser referida a otro, es decir, como relación social.

En términos de una epistemología, entonces, reducir la verdad a condiciones lógicas de verificabilidad es suponerla objeto, una especie de documento inerte, una indicación formal. Y contrariamente, un enfoque acerca de la verdad debe revelarnos sus horizontes, sus perspectivas relacionales, el tallado de condiciones que posibilitan la revelación de discursos que se legitiman como verdaderos. Esto determina a evaluar las expectativas de lo verdadero en el contexto de las dinámicas de la globalización, de los efectos sociales y políticos del horizonte de finitud de la subjetividad presente.

La propuesta de este artículo será interrogar las condiciones de aparición de una serie de discursos que operan como legítimos, es decir, verdaderos en su significación social en el contexto de lo que denomino “formaciones sociales individualistas”, señalando en esto la constitución de modelos de sociedad globales anclados en las experiencias y expectativas individuales y que cancelan la perspectiva de la alteridad para las definiciones que fundan el límite de lo verdadero en los enunciados. Una serie de discursos, además, que se alojan adecuadamente dentro de lógicas algorítmicas y que definen regularidades y repeticiones a partir de esa potencialidad.

En definitiva, el artículo no se propone determinar instancias lógicas de formalización de las verdades, sino especificar elementos dinámicos de las relaciones sociales que promueven en la actualidad la emergencia de discursos

que potencialmente puede asumirse en su valor de verdad, aunque se revelen contrarios a instancias de verificación y evidencia.

La verdad no tiene nada para darte

“La verdad no tiene nada para darte”, dice una canción del músico argentino Francisco Bochatón, ¡y cuánta verdad hay en ello! La pregunta es ¿qué es lo que puede recibirse de la verdad? O también, ¿qué significa recibir la verdad? ¿En qué posición de deudores nos deja?

Tener la verdad no es un privilegio, simplemente porque obliga a mentir, y se sabe que eso es bien complejo. Detentar lo verdadero constriñe a mentir debido a que sostener la verdad determina a consignar argumentos de manera ilimitada. Si es verdad que no hay verdad, que no la hay universal, que no se la puede admitir como una, esa misma paradoja de que es verdad que no hay una verdad nos deposita en la circunstancia de tener que decir siempre la verdad para darla, y eso ya es mentir.

Por eso la frase de la canción que citamos antes, puede interpretarse sobre esa dimensión que referimos: la verdad no tiene nada para dar porque obliga, es decir, supone una deuda.

Más allá de las reflexiones sobre lo verdadero en términos de lógica o de epistemología, atendamos concretamente a una relación social, supongamos un vínculo amoroso: ¿puede una relación social implicada en el amor decir algo verdadero? ¿Se puede decir la verdad si se ama? Más todavía, ¿se puede ser verdadero amando? En una relación social, la verdad no es solamente que no tiene nada para dar, sino que sobre todo miente. Algo que se puede ejemplificar con una célebre paradoja semántica que dice: “Es verdad que miento”. En definitiva, en una relación social cualquier verdad solo puede exponerse desde ese lugar. ¿Por qué se dice la verdad en el amor? Para no dejar en deuda al otro, es decir, para sostener la mentira. Por eso, también la banda argentina de rock llamada Babasónicos, dice en su canción titulada “Puesto”: “¡Qué atrevido fui al

iniciarte en la verdad!”, declaración de amor fundamental para decir que la verdad nada puede dar y que en adelante será necesario mentir.

Perspectivas de la verdad

En el punto anterior, se alude a esa dimensión relacional de la verdad desde la figura del don, para destacar que no es posible *dar la verdad*, en tanto esto resultaría instituyente de un régimen de reciprocidad de enunciados que deberían resolverse como lógicamente equivalentes. El filósofo francés Jacques Derrida (1995) analizó correctamente esa lógica de la reciprocidad del don y argumentó que allí donde el don es, no lo hay. Ese trabajo sobre la condición de paradoja buscaba identificar que el esquema de intercambio anula el efecto de la relación y, por esto, el don para circular debe eludir el régimen de su propia representación.

Entonces, el apartado precedente posibilita expresar ese espacio de formación de las verdades en contextos de intercambio. Sin embargo, conviene entonces abordarlos también en la complejidad del universo de sentido del tiempo presente, que por su carácter global dinamiza la experiencia de donación y circulación de los enunciados verdaderos.

La globalización revela efectos que alteran el curso material de las relaciones sociales y de sus significaciones históricas. Estos efectos contribuyen para una organización distinta de las experiencias de la vida social contemporánea, que afectan, a su vez, el vínculo perceptivo y de sentido entre los individuos y los hechos o, sin más, la realidad.

En el tiempo presente las formas de comprensión de la realidad están siempre mediadas por las imágenes y por dispositivos electrónicos, lo cual no señala que esa realidad o sus hechos son modificados, sino que, concretamente, son otros. Las imágenes y los dispositivos electrónicos producen las materias de significación que denominamos como la realidad y sobre esos efectos de sentido se constituye lo verdadero.

Esta percepción y condición del presente revela una experiencia de conocimiento fundamental: si la racionalidad todavía inscribía su habilitación y pertenencia exclusiva a la representación del conocimiento sustentándose en la dualidad esencia-apariencia, semejante relación epistémica es desbordada y desprovista de sus reglas de determinación y delimitación de lo verdadero y lo falso. Seguidamente, esa misma oposición verdad-falsedad, se vuelve imposible de contrastaciones efectivas que determinen sus significados y validaciones epistemológicas. La verdad y la mentira se confirman en el orden global como suplementos no verificables o contrastables en hechos o realidades, para expresarse con evidencia en tanto modalidades de circulación en redes y medios.¹

Esto señala un umbral epistémico fundamental: no es posible la contrastación, contradicción u oposición entre lo verdadero y lo falso, sino que aquello que adquiere una condición viral asume la característica efectiva de producir el sentido. En otras palabras, lo que hace algún tiempo antes entendíamos comúnmente como lo verdadero por una serie de prácticas y contrastaciones de evidencias, en la actualidad se verifica en su circulación y viralización como efecto de sentido en redes y medios; entonces no es la contrastación con la realidad lo que observa la verdad, sino que se pueda ver su incidencia y efecto en dispositivos electrónicos.

Se instruye, de este modo, una condición epistémica ajustada a la globalización y las condiciones de acumulación financiera del capital, que son también de circulación y que determinan tres modalidades de atribución de la verdad: a) verdad y simulación; b) verdad e individualismo; c) verdad y algoritmo.

¹En este punto debe considerarse la condición de lo digital y sus modalidades para poner en circulación artificios. Claudia Kozac (2012) identifica bien que lo digital es “una subespecie del mundo electrónico”, pero que tiene además de la posibilidad de transmisión también la de codificación y procesamiento. Esta caracterización es determinante para la comprensión de los flujos virales de las significaciones que se emulan como verdaderas.

Verdad y simulación

Entre las décadas del setenta y del ochenta, el filósofo francés Jean Baudrillard presentó dos tesis correlativas. En primer lugar, la calificación de que en el mundo contemporáneo los simulacros preceden a los hechos o a todo aquello que definimos como realidad, generando las condiciones de una hiperrealidad (1978); y en segundo lugar, la identificación del “valor fractal” como lo específico de la era de la simulación (1993).

Sobre esa caracterización es posible afirmar que lo verdadero supone en la actualidad no de algo empírico sobre lo cual verificar una correspondencia con la realidad, sino que un discurso es verdadero en tanto se haga efectivo como hiperreal. Según afirmara Baudrillard: “La simulación es infinitamente más poderosa ya que permite siempre suponer, más allá de su objeto, que el orden y la ley mismos podrían muy bien no ser otra cosa que simulación” (1978, p. 43). En tal aspecto, la pérdida de la referencia original o de la ley conlleva que cualquier discurso pueda aparecer en su carácter de verdad si su forma de circulación posibilita una multiplicación programada.

Esta multiplicación programada señala que las condiciones de viralización de un discurso, para aparecer en un campo de simulación, no designan circunstancias azarosas, aunque tampoco una estructura de manipulación ordenada bajo parámetros ejecutivamente conscientes. Más bien expone una relación de uniformidad, es decir, la viralización constante y efectiva de discursos origina características uniformes y de identificación inmediata con presupuestos que se asumen como lógicos y estables.

Si entendemos que convivimos en un universo social que corresponde definir como desinstitucionalizado o desancalado de las formaciones simbólicas más estables, es decir, donde las instituciones fundamentales del orden social no prescriben fundamentos de regulación de las vidas, el resultado de ello es que se despoja a los distintos individuos de sus asimilaciones e inscripciones institucionales que son las que permiten asegurarse una expectativa racional de

los hechos y de la realidad.² En tal condición, los simulacros funcionan como garantes de un pensamiento acorde a lo que circula (por redes, medios, etc.) y que es lo que todos ven y, por lo tanto, piensan.

De esa manera, la vida individual se orienta por aquellas mediaciones y no se circunscribe a la producción de un orden moral común ajustado a una racionalidad autoevidente.

En ese punto es determinante la correlación entre el valor fractal y ese proceso de hiperrealidad descrito. Baudrillard analiza que en su proyecto de una trilogía del valor, donde describió “una fase natural del valor de uso, una fase mercantil del valor de cambio, una fase estructural del valor-signo” (1993, p. 11), equivalente a una ley natural, una ley mercantil y una ley estructural del valor, no había sido pensado el advenimiento de una hiperrealidad de los simulacros, en la cual se confirma la “fase fractal del valor” (*ibídem*). En esta fase lo que estimula el fluido constante de las simulaciones es todo un proceso ilimitado de circulación de características virales, que fomenta una “epidemia del valor” de mera dispersión: “fase irradiada del valor, ya no hay ninguna referencia, el valor irradia en todas las direcciones, en todos los intersticios, sin referencia a nada, por pura contigüidad” (*ibídem*).

La condición fractal que se efectúa por viralizaciones promueve el desarrollo singular de toda una experiencia de la cultura en la que el detenimiento reflexivo sobre los hechos y los enunciados que los habilitan no determina un carácter o una práctica que se asuma por parte de los individuos y, en cambio, sí es corriente la reproducción inmediata de valoraciones sobre esos hechos, sobre las personas y sobre circunstancias sociales y generales.

De esta manera, la condición de simulación de lo verdadero asegura, al mismo tiempo, el registro de cualquier discurso viralizado como verdad, por su

²El sociólogo alemán Ulrich Beck (2006) describe esta condición como “sociedades del riesgo”, para explicar el traspaso de una modernidad organizada en torno a valores morales e institucionales por todos convalidados, a otra cuya condición es la reflexividad y el carácter individualizado de las decisiones. En el siguiente apartado se profundiza sobre esta cuestión.

propio efecto espectral: tal como aparece y define las circunstancias sobre algún hecho particular, enseguida se esfuma. La simulación viral de lo verdadero es por correspondencia con su rápida disolución, porque esto confirma su fundamental efecto: una comunidad de creencias desinteresadas.

La “cultura del simulacro” es una cultura de producción de las verdades y de sus dispersiones; y por eso el argumento de Baudrillard se concentra en que lo real es ya algo simulado, es decir, que la evidencia de esas verdades no es la verificación en alguna realidad más allá que traspase un discurso falso, y más correctamente debe inscribirse y analizarse la “precesión de los simulacros”, porque es en ello que revela la destitución de cualquier posición originaria respecto a la realidad y la verdad.

La simulación se caracteriza por la precesión del modelo, de todos los modelos, sobre el más mínimo de los hechos –la presencia del modelo es anterior y su circulación orbital, como la de la bomba, constituye el verdadero campo magnético del suceso–. Los hechos no tienen ya su propia trayectoria, sino que nacen en la intersección de los modelos y un solo hecho puede ser engendrado por todos los modelos a la vez. Esta anticipación, esta precesión, este cortocircuito, esta confusión del hecho con su modelo (ya sin desviación de sentido, sin polaridad dialéctica, sin electricidad negativa, implosión de polos opuestos), es la que da lugar a todas las interpretaciones posibles, incluso las más contradictorias, verdaderas todas, en el sentido de que su verdad consiste en intercambiarse, a imagen y semejanza de los modelos de que proceden, en un ciclo generalizado (Baudrillard, 1978, pp. 36-37).

Si el movimiento es desde la simulación hacia la circulación, el efecto correspondiente es que lo que se percibe y asume como verdad es lo que está en todas partes, desentendiéndose de cualquier instancia verificable, y por eso cualquier cosa –incluso las más opuestas y contradictorias– pueden devenir o simularse verdaderas. En otros términos, la verdad no es una cuestión de lógica o de correspondencia, sino una inmediatez sobre la que los individuos deben inscribir sus pensamientos y sus acciones. Por esto, también la verdad en el

presente requiere de una reflexión respecto a las condiciones de vida individualista de las sociedades globales.

Verdad e individualismo

El filósofo italiano Gianni Vattimo ofrece un panorama valioso respecto a la decadencia de la verdad en la vida contemporánea en su libro *Adiós a la verdad* (2010). Partiendo de la célebre aserción de Theodor Adorno en *Minima moralia* acerca de que “el todo es lo falso”, introduce la dimensión de Jean-Paul Sartre respecto a la violencia de la totalidad, para mostrar el carácter originario de lo verdadero. Si un discurso verdadero se especifica a sí mismo como referente absoluto de la realidad, entonces lo falso y lo violento originan las verdades que cada individuo persigue. La problematización del pensador italiano se concentra en destituir las formaciones y formulaciones objetivas de la verdad, despedirnos de esa fundación del dato, para revelar que lo verdadero es un horizonte de pertenencia en donde se presumen sentidos comunes, es decir, validados por un conjunto de personas.

Esta posición orientada a reconsiderar las fundaciones epistemológicas mediante las cuales se circunscribe lo verdadero, puede también pensarse desde una perspectiva sociológica que atienda las condiciones emergentes de lo que denomino *formaciones sociales individualistas*, refiriendo con esto que no se trata de sostener que actualmente la vida en sociedad ha sido disgregada por el factor de individuos aislados que siguen sus orientaciones particulares, sino a la conformación de toda una “situación postsocial” (Touraine, 2013) que reúne a los individuos a partir de decisiones de carácter moral intrínsecamente individuales, como consecuencia de la desocialización y desimbolización producida por efecto de la globalización financiera.

Desde hace medio siglo se experimenta un proceso histórico caracterizado por la desinstitucionalización, es decir, la pérdida del arraigo en experiencias simbólicas fundamentales (familia, trabajo, educación, etc.) y la

individualización, que explica que las fundaciones ontológicas de la socialización (correspondencia común con otros asumidos como iguales, pertenencia a una clase social, comunidad ideológica, etc.) no tienen ahora una incidencia primaria en la formación de los individuos, debiendo estos organizar sus propias revelaciones biográficas según sus capacidades individuales para acceder a las lógicas desiguales de los mercados y a las formas y estéticas de los consumos.

El sociólogo alemán Ulrich Beck describe bien estas condiciones dentro de lo que denomina “sociedades del riesgo” (2006), donde son los propios individuos quienes deben asumir y afrontar los riesgos de su pertenencia y correspondencia con el lazo social. En este punto se inscribe el análisis de Alain Touraine respecto al “fin de las sociedades”, es decir, la crisis de un modelo de organización normativo que impartía las condiciones de lo verdadero (2016). En el presente, el punto de partida anómico que origina las formaciones sociales individualistas promueve un desplazamiento de los “actores sociales”, los cuales estaban sostenidos en la garantía de racionalidad que se adjudicaba a la norma como suplemento simbólico de lo social, hacia los “actores morales” que se rigen por sus propias valoraciones y designan a partir de ello las cualidades regulativas de su intervención en la vida social con los demás (*ibídem*).

Esto último es lo que define sustancialmente la articulación entre verdad e individualismo en nuestro horizonte de vida social actual, porque cada individuo que regula por sus propias formulaciones morales la identificación de su acción con los hechos, a la vez supone que esa identificación es verdadera y de contenido universal. El individuo de las sociedades actuales presume que lo que considera verdadero debería ser asumido como tal por todos, afectando así su criterio de verificabilidad comunitario. Cuando un individuo fomenta la práctica de un discurso propio como una evidencia universal, la pérdida de referencia simbólica es completa y la prescindencia del valor de la palabra del otro absoluta.

En una línea semejante ofrece otra argumentación el filósofo Éric Sadin (2022) para referir a lo que define como “la era del individuo tirano”:

Condición civilizatoria inédita que muestra la abolición progresiva de todo cimiento común para dejar lugar a un hormiguo de seres esparcidos que pretenden de aquí en más representar la única fuente normativa de referencia y ocupar de pleno derecho una posición preponderante. Es como si, en dos décadas, el entrecruzamiento entre la horizontalidad supuesta de las redes y el desencadenamiento de las lógicas neoliberales, después de haber cantado loas a la “responsabilización” individual, hubiera llegado a una atomización de los sujetos que es incapaz ya de anudar entre ellos lazos constructivos y duraderos, para hacer prevalecer reivindicaciones prioritariamente plegadas sobre sus propias biografías y condiciones. (...) Esta situación se revela doblemente apolítica, dado que no depende, en su movimiento mayoritario, de un proyecto deliberado sino que se deriva más bien de una dimensión orgánica, no concertada, que descansa sobre una forma de aislamiento mutuo de los individuos, quienes instauran, en general sin tener conciencia de ello, y sin reivindicarlo tampoco, lo que podríamos denominar un “totalitarismo de la multitud” (2002, pp. 36-37).

De acuerdo con Sadin, la tiranía procede, precisamente, de aquello que antes describimos: ante un universo simbólico devastado y sin prenociones que orienten lo normativo de la acción, cada individuo se vuelve responsable de la asunción de sus discursos de verdad, los cuales toman carácter de tales por su revelación y afirmación tiránica contra cualquier otro tipo de discursividad. De esta manera, la desregulación que la posmodernidad sentenció respecto a la condición objetiva de la verdad consolidó un estado de cosas donde no es el relativismo de las múltiples verdades lo que une en la diversidad, sino que es la sospecha de que el otro quiere imponer algo que no es cierto y que ello afecta lo que cada individuo particular ha asumido como una verdad incuestionable lo que, en definitiva, conduce a un estado de desunión violenta en el cual se asume a la alteridad como un *verdadero* peligro.

Verdad y algoritmo

Los dispositivos digitales ordenan el compendio de las verdades posibles en el tiempo presente, pues, si como ya se argumentó, la circulación y viralización es el dominio sobre el que cualquier discurso verdadero delinea sus clasificaciones y condiciones de verificabilidad, para posteriormente reducirse a la

autocomprensión individual y moralizante, todo ello no está suspendido sobre la nada, sino que se halla sobre un fundamento del presente que nos ofrece *a la vista* e inmediatamente todo lo que se necesita y se desea, en fin, se trata de lo que digita el algoritmo.

En semejantes condiciones, se configura lo que Sadin resume en la idea de *tecno-logos* en tanto “entidad *artefactual* dotada del poder de enunciar”: “Lo digital se erige como un órgano habilitado para peritar lo real de modo más fiable que nosotros mismos, así como para revelarnos dimensiones hasta ahora ocultas a nuestra conciencia” (Sadin, 2020: 18).

Tomando esa consideración es posible plantear que habitamos un universo social de sentido en el cual lo distópico es lo que efectivamente está ocurriendo: lo que se desea aparece en pantallas y dispositivos sin previo anuncio, todos los actos de enunciación humanos son dichos a través de dispositivos electrónicos y el *Smartphone* se convierte en el garante de las ubicaciones y referencias temporales, espaciales, visuales y verbales de los sujetos.

Esto es lo que denomino el carácter determinante de una *hipermodernidad algorítmica*, donde nada escapa al dominio de la circulación digital. Cualquier decisión sobre entretenimientos, ocio, comidas, vestimenta e incluso pareja o persona a conocer corresponde a la voluntad biométrica de un algoritmo funcionando a la medida de una verdad del deseo.

Lo verdadero se constituye como la elaboración uniforme, aunque reveladoramente singular, de estructuras de perfiles, y como dice Byun-Chul Han (2022): “El régimen de la información se apodera de los individuos mediante la elaboración de *perfiles de comportamiento*” (p. 22). El filósofo acredita correctamente en su análisis el modelo de información por viralización algorítmica al que asistimos en el tiempo presente y lo define como “infocracia” en tanto figura degenerativa de la democracia occidental tradicional.

En las actuales condiciones y prácticas individuales, la modalidad de viralización de la información supone el relevamiento de las verdades que se

difundirán como discursos regulativos de las individualidades, incluso más allá de su contrastación con hechos efectivos. No es la oposición entre lo verdadero y lo falso lo que funda una *fake news*, por ejemplo, sino la difuminación y proliferación de sentido de la que puede resultar capaz. El efecto es prioritario sobre la condición, y entonces cualquier noticia o información sin ninguna entidad o fundamento inscribe sus propias condiciones de realidad.

El algoritmo es el desborde de la simulación, es decir, la sustracción de la realidad en una hiperrealidad de ilimitada circulación y que solo dirige a la uniformización de las voluntades individuales en un horizonte paradigmático: la extinción de la palabra como un lazo que revela el acto de fundamental por el cual se inscribe al sentido como aquello compartido con el otro. En otros términos, la extinción de la vida social y de lo humano, al menos tal como lo hemos conocido.

Conclusiones

Si, tal como argumentos en este artículo, el orden de los discursos que fundan y fundamentan las verdades de nuestro tiempo presente está regido por modelos de simulación cuyos efectos de circulación son algorítmicos y ordenan una referencia moral en el individuo, que, a la vez, es sostenida y difundida como de carácter universal, entonces debemos admitir la emergencia de un umbral epistémico que define nuevas lógicas de comunicación y de fundación de lo verdadero. Es importante caracterizar que el régimen de formación de esas verdades no tiene la condición de una deducción lógica realizada a partir de contrastaciones y verificabilidad, y, más concretamente, se postula como algo que aparece autorregulado en cada enunciado individual.

La problemática del individualismo contemporáneo es el campo que define el debate en este punto crucial. Lejos de cualquier argumentación –tan proclive en estos tiempos– relativa a la manipulación y a la producción e incitación de los medios de comunicación, conviene más –y en esto se posicionan

los argumentos aquí presentados– enfocar la atención en la emergencia de un conjunto de discursividades que impregnan a los individuos de un universo propio y ajeno a las estructuras de comprensión comunes. Las cualidades y condiciones que en la actualidad posibilitan que circulen enunciaciones que en épocas recientes hubieran sido moralmente objetadas,³ observan correlaciones con los mencionados y descriptos procesos de desinstitucionalización que han resquebrajado las referencias simbólicas más sustanciales para la vida social y para cada individuo particular.

En este sentido, es también importante referir como algo incorrecto la reducción a esquemas lineales de cualquier argumento que sostiene que un discurso reproducido en los medios de comunicación origina una referencia específica en los actos individuales. Al contrario, una atención crítica y reflexiva más bien debe orientarse a interrogar las alteraciones de los procesos sociales y sus efectos en las condiciones de subjetivación, que en el desarrollo de la globalización han puesto en crisis las expectativas y horizontes de sentido regulares de las sociedades occidentales.

Los algoritmos son procedimientos de uniformización de los sentidos con los cuales se define la realidad, entonces, lo verdadero se efectúa en la circulación global donde cada individuo singularmente está frente a lo mismo que todos, pero como si fuera algo exclusivo. Esto es, en muy buena medida, lo que funda un discurso verdadero en el presente: la eficacia de una circulación constante y desprovista de toda referencia en los hechos.

³Es necesario destacar que el juicio sobre algunos dichos expresados en redes y medios por personalidades que observan relevancia pública afecta el régimen de enunciación de lo verdadero desde las condiciones de individualidad de las sociedades contemporáneas. La cuestión es la valoración que esos enunciados adquieren y el tono público que asumen. La cuestión de la verdad tiene una dimensión especial en este punto, porque la objeción no puede efectuarse sobre criterios lógicos y obliga a definir el carácter de relación social de lo verdadero, porque justamente expone una incidencia en el orden político y civil.

Bibliografía

- Baudrillard, Jean (1978). *Cultura y simulacro*. Kairós.
- Baudrillard, Jean (1993). *La transparencia del mal*. Anagrama.
- Beck, Ulrich (2006). *La sociedad del riesgo*. Paidós.
- Derrida, Jacques (1995). *Dar el tiempo*. Paidós.
- Foucault, Michel (2015). *La arqueología del saber*. Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2014). *¿Qué es usted, profesor Foucault? Siglo XXI*.
- Gadamer, Hans (2012). *Verdad y método*. Sígueme.
- Kozac, Claudia (Ed.) (2012). *Tecnopoéticas argentinas*. Caja Negra.
- Han, Byung-Chul (2022). *Infocracia*. Taurus.
- Heidegger, Martin (2002). *Ser y tiempo*. RBA.
- Sadin, Éric (2020). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*. Caja Negra.
- Sadin, Éric (2022). *La era del individuo tirano*. Caja Negra.
- Touraine, Alain (2013). *Después de la crisis*. Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, Alain (2016). *El fin de las sociedades*. Fondo de Cultura Económica.
- Vattimo, Gianni (2010). *Adiós a la verdad*. Gedisa.
- Wittgenstein, Ludwig (2014). *Investigaciones filosóficas*. Gredos.